

Windsor Julio Paco Gonzales

SALITRE SANGRIENTO

Novela



Grupo Editorial

Kipus

I.

VÍSPERAS Y DESCUBRIMIENTO

Es el año 1878 y la vida discurre con monótona normalidad en la ciudad de La Paz, Sede de Gobierno de Bolivia, acostumbrada a las frecuentes asonadas militares donde una y otra vez se disputan el poder unos y otros caudillos militares. Este año es de tremenda sequía y escasez de toda índole; sin embargo, existen algunas familias muy pudientes, pertenecientes a la denominada “clase decente”, a las que les sobra de todo por sus ingresos provenientes de las tierras que antes fueron comunales y que ahora les pertenecen, trabajadas por los indios, miserables seres reducidos casi a subhumanas bestias de carga, por el feudalismo medieval que reina en la Bolivia del siglo XIX.

En esta pequeña ciudad, que más que eso podría denominársela como un villorio grande por la precariedad colonial de su organización, vive un joven y entusiasta muchacho que pertenece a la clase de artesanos trabajadores mestizos. Su familia se dedica a la joyería y este joven, llamado Daniel Alejandro Fernández Tarquino, es, como suelen decir los caballeros decentes, un recio cholo de elevada estatura y piel morena casi cobriza; es un claro espécimen de lo que la mezcla entre españoles e indígenas puede lograr en belleza, prestancia y presencia varonil. Se dedica, por obligación familiar y no por vocación, a la elaboración de joyas artesanales siendo sus principales clientes las familias decentes de La Paz. Un día cualquiera llega al taller familiar un mozo con un mensaje para don Antonio, el padre de Daniel, quien con seriedad y ceremonial innecesario abre la misiva, la lee con detenimiento y sonrío complacido; es que don Casimiro Ballivián, jefe de una de las familias más tradicionales e influyentes de la vida pacaña

y nacional, le pide que le haga el favor de hacerse presente en su casa para encargar un trabajo. Siempre pagan bien y por adelantado. Don Casimiro se precia de descender directamente del antiguo gobernador de La Paz de la época de las sublevaciones indígenas de hace cien años, lideradas por los katari. Nos referimos a Sebastián Seguro. También don Casimiro se precia de ser primo del gran general José Ballivián y Seguro, vencedor de Ingavi y salvador de la Patria, contándose entre sus ilustres familiares cercanos también al infortunado expresidente de la República, ya fallecido, Adolfo Ballivián Coll, hijo de aquél.

Don Antonio Fernández ahora tiene muchos encargos; debe entregar un nuevo trabajo hoy y sus otros dos hijos, de doce y trece años respectivamente, también están muy ocupados ayudando con los demás pedidos, además de no contar aún con la experiencia necesaria. Entonces, piensa enviar a su hijo mayor Daniel para que tome nota de las medidas y las características de las joyas requeridas. Pero Daniel es muy rebelde y varias veces le ha ocasionado disgustos con los clientes, teniendo que ir él en persona a pedir disculpas por el comportamiento o faltas de su hijo; empero, no le queda otra alternativa; necesita el trabajo pues tiene deudas que pagar por el metal precioso que le dejan al fiado los rescatadores de oro y plata; en esas circunstancias llama a su hijo y le dice:

—Hijo mío, ha llegado un encargo de don Casimiro Ballivián. Yo no tengo tiempo para acudir a su llamado ni tampoco de entregar ese pedido; tú tienes ya la experiencia necesaria para hacer y entregar tu primer encargo solo; entonces, he resuelto que seas tú quien acuda a casa de los Ballivián y respondas por el buen nombre de nuestra familia y por nuestro trabajo siempre bien cotizado. Por eso, Daniel, te ordeno que vayas y tomes el pedido que te soliciten; llévate el catálogo de novedades para ayudarles a elegir.

Daniel, que ha escuchado en silencio todo lo que le ha dicho su padre, acepta con entusiasmo el trabajo que le confía su padre y responde:

—Gracias padre, por confiar en mí nuevamente. Te prometo que no te defraudaré, esta vez cumpliré con el encargo y te haré quedar muy bien; incluso, verás qué bien te hablan de mí nuestros clientes y me solicitan para posteriores trabajos.

Don Antonio sonrío complacido y en un arrebato de amor paternal lo abraza efusivamente, pues no esperaba semejante respuesta del joven, mientras Daniel añade:

—No es para tanto papá, confía en mí, verás cómo se porta tu hijo.

—Entonces, hijo mío, acude de inmediato a la casona donde viven los Ballivián; que no se diga que los joyeros nos hacemos esperar.

—No digas más papá, salgo al punto; solo déjame recoger mis herramientas y los catálogos.

Hecho eso, Daniel se despide con una reverencia de su padre y sale de su taller donde también vive junto a toda su familia en la parte de atrás; son las diez de la mañana y en la calle se ve a algunos carruajes jalados por briosos corceles dirigiéndose a alguna parte; hay unos pocos comercios abiertos. Daniel camina presurosamente entre el gentío donde puede observar todo tipo de semblantes. Los hay blancos y barbudos, morenos mestizos, pero lo más llamativo y también lo peor de esta escena son los pobres indios llegados de las provincias de La Paz e incluso de Cochabamba, apostados en las esquinas pidiendo desesperadamente limosna o alguna cosa para poder llevarse a la boca y engañar siquiera por un momento el hambre que roe a sus entrañas; la atroz hambruna se ha extendido inmisericorde por todo el país y aún en la lejana costa boliviana sobre el océano Pacífico, de donde han llegado noticias de terremotos que han devastado a las precarias poblaciones que allí existen, además de la terrible peste que asola al país desde el año pasado y que se ha cobrado ya miles de víctimas.

Conmovido por la visión de aquellos seres casi espectrales, de caras huesudas y espantosamente sufridas, pobres pingajos de

carne humana, más en la otra vida que en ésta, pasa entre ellos sin poder detenerse, porque debe dirigirse a la calle del Recreo, donde se encuentra la casona de los Ballivián, pasando por las calles Comercio y Mercado donde se ubica la mayoría de los comercios de la ciudad, pudiendo verse tiendas de moda y de productos exóticos de ultramar, en las que afanosas buscan qué comprar, graciosas y perfumadas señoritas acompañadas de sus chaperonas, que en la mayoría de los casos son sus madres, nanas o amas de llaves; dichas tiendas, claro está, con precios prohibitivos para la mayoría de la población. La pompa y el boato que imperan en esas tiendas contrastan con la pobreza extrema del resto de las zonas de la ciudad. Cuando Daniel llega a la casona de los Ballivián toca la campanilla que sirve para anunciar que hay un visitante en la puerta. Espera un buen rato y parece que no hay nadie. Vuelve a insistir y cuando está a punto de rendirse y dar media vuelta, abre tímida y pesadamente la puerta principal una mucama del servicio doméstico de la casa, preguntando:

–Buenos días señor, ¿qué desea?

Daniel contesta:

–Buenos días, soy hijo de don Antonio Fernández, el joyero; vengo por solicitud de don Casimiro Ballivián.

–El señor no se encuentra; sírvase usted volver en otra ocasión – responde la mucama.

Desconcertado, Daniel atina a balbucear una respuesta:

–Pero él nos pidió..., –entonces se hace presente una mujer mayor con cara de pocos amigos y un gesto muy serio en su semblante, diciendo:

–María, ¿quién es? –a lo que ésta responde:

–El joven dice que busca al patrón, pero ya le dije que no se encuentra –la mujer mayor le corta abruptamente diciendo:

–¿No te dije que esperábamos al joyero?, haz favor de hacerlo pasar y que espere a que baje la niña –todo ello sin mirarlo siquiera y sin decirle una sola palabra, dirigiéndose solamente a la mucama. Ésta, obedeciendo, dice a Daniel:

–Pase usted –lo hace pasar al salón principal, donde abundan el lujo y los muebles finos, espetándole fríamente:

–Espere sin tocar nada.

Daniel mira a su alrededor y ve toda clase de adornos antiquísimos, lujosos e incluso un par de espadas cruzadas con el escudo familiar al centro; está claro que una familia de abolengo mora allí; pasan varios minutos pero la “niña” no aparece. ¿Será la persona para quien debe elaborar las joyas?; por otro lado, piensa que las niñas decentes no son de las mejores clientes, pues siempre son caprichosas y se descontentan del modelo de joya que ellas mismas solicitaron, acordándose de una ocasión en la que a su padre le tocó soportar los berrinches de una niña mimada de la alta sociedad, de no más de quince años, que no quería recibir el rosario de plata que había encargado su familia, por el que su padre tuvo que pagar para no tener problemas con la influyente familia de la caprichosa niña. En esos pensamientos lo sorprendió el sonido de los escalones de madera alfombrada; alguien bajaba y un instante después ante sus ojos estaba la “niña”, a la que se refería la mujer mayor, que resultó ser su nana. La “niña” solo dice que serán para ella el collar y los pendientes que quieren encargar por su próximo cumpleaños. La “niña” como la llama su nana, es una hermosa joven como de unos diecinueve o veinte años, de piel blanca inmaculada, de cabello castaño y hermosos ojos claros, con unos labios que parecen invitar a amar. Atónito ante semejante visión, Daniel se queda mudo por un instante, causando una disimulada risita tapada por la mano de la “niña”. Un poco más repuesto de la impresión Daniel solo atina a decir:

–Muy buen día tengan ustedes, mi nombre es Daniel Fernández; soy quien hará las joyas para su merced.

–Bien, tome usted las medidas –responde la nana. La “niña” se acomoda en un sillón mientras Daniel saca las herramientas de su maletín, mostrándole a su vez, tímidamente, el cuaderno donde guarda los grabados con modelos de joyas a la última moda de París. La muchacha no se decide; hojea una y otra vez el cuaderno ante la mirada impaciente de su nana, mientras Daniel, absorto en sus pensamientos, piensa para sí mismo: “Es la más hermosa mujer que vi en mi vida. ¡Qué candidez!, ¡qué gracia en todos sus movimientos, es un ángel caído del cielo!” De repente se da cuenta de que la muchacha se encuentra mirándolo y señalando a la vez en el catálogo, el modelo de collar que por fin había elegido.

–Joven, disculpe usted, éste es el que quiero –es la primera vez que Daniel oye su voz; ésta es suave, serena y cordial. Visiblemente nervioso solo atina a decir:

–Muy bien señorita, ahora le tomo las medidas –sacando su herramienta de medición; para ello la muchacha debe descubrirse el cuello y: “¡Oh, dioses; no podré soportar la tentación de besar ese hermoso cuello, esa piel inmaculada!”, piensa Daniel.

Pero se contiene y luego de un momento en tono más serio dice:

–He terminado señorita, el trabajo estará concluido en una semana, pasaré yo mismo a entregar las joyas.

–Muy bien, muchas gracias y hasta luego –responde la niña, mientras la nana solo refunfuña una orden a la mucama para que acompañe al joyero a la salida. Ya en la calle el ruido habitual de la ciudad, los carruajes jalados por caballos, los canillitas anunciando el diario vespertino, el bullicio de los vendedores de toda índole, parecen haber enmudecido para Daniel que no tiene en su mente más que la dulce voz y la imagen de la hermosa muchacha. Ha quedado cautivado por la presencia de la “niña”.

Mientras se encuentra absorto en sus pensamientos y delirios le sorprende el llamado de una voz conocida que le llama:

–¡Daniel!, ¡Daniel!

Se da la vuelta y ve un rostro muy familiar; es Eduardo Marquina, un cercano y querido amigo desde la infancia:

–¡Hola hermano! –le dice – ¿es que no me oíste? Te ando gritando desde una cuadra atrás, te vi salir de la casona Ballivián y parecías como tonto andando así con la mirada perdida; ¿es que te paso algo malo?, cuéntame qué te pasa.

Daniel responde:

–Hola Eduardo, es que no te oí, no me pasa nada, solo estoy un poco distraído el día de hoy.

–Nada nada –dice Eduardo – a mí no puedes engañarme. Te conozco desde que ambos usábamos pañales y nunca antes te había visto en semejante estado. Anda, cuéntame qué pasó.

Ante tanta insistencia Daniel expresa: –Es que he tenido una visión.

–¿Una visión? –le dice Eduardo, sorprendido.

–Sí –dice Daniel –he tenido la visión más hermosa que pude haber tenido jamás en mi vida, la más bella joven que estos ojos que se han de comer los gusanos hayan visto nunca.

–¿Te refieres a la hija de don Casimiro Ballivián?

–Sí, sí, a ella misma –dice Daniel – ¿es que tú la conoces Eduardo?

–Pues... solo de vista, cuando alguna vez fui a entregar algún mandado a mi tía que trabaja como cocinera en su casa y sí, es muy bella, pero...

–¿Pero qué? Eduardo, dime qué pasa. ¿Sabes algo más de ella?

Eduardo le responde:

–Su padre, don Casimiro, no deja que nadie se le acerque y su nana parece que fuera su perro guardián; siempre sale acompañada y solo a oír misa muy temprano, para nada más. Es poco menos que una prisionera en esa casa por el encierro a que la tiene sometida su padre.

De inmediato a Daniel le arrebató un pensamiento y dice:

–¡No importa!, tengo que hablarle, escuchar nuevamente esa voz angelical y ver esos hermosos ojos, ¡voy a cortejarla!

–¡Pero, es que te has vuelto loco!–le dice Eduardo –es hija de una de las familias más influyentes y decentes de La Paz, mientras que tú, al igual que yo, solo eres un chico humilde y mestizo que debe trabajar muy duro para vivir. Su padre jamás te permitirá ningún acercamiento con ella – sentencia su amigo.

–Nada me importa, dime a qué Iglesia asiste y a qué hora. ¡Te lo ruego, Eduardo!

Éste se niega en principio a responder, pero al final cede ante el ruego de su querido amigo:

–Ella asiste a la Iglesia de la Merced, a la misa de las 06:00 y siempre acompañada de su nana. Luego de ello vuelve inmediatamente a su casa custodiada por ella, que más parece su perro guardián, y por su cochero.

–¡Muchas gracias!, amigo mío.

–No seas loco. Me dolería mucho que algo te pasara. Solo quiero tu bienestar; por favor, prométeme que no te acercarás a esa señorita –le dice Eduardo, angustiado.

–Agradezco tu preocupación amigo, sabré cuidarme.

Queriendo tranquilizar a Eduardo, Daniel cambia de tema y le pregunta por su trabajo; Eduardo trabaja como ayudante de imprenta y aspirante a periodista en el importante periódico paceño “El Comercio”. Eduardo dice que tuvo mucho trabajo en la noche

pues había muchas noticias que publicar, en especial una separata sobre el viaje de reconocimiento al Litoral boliviano, del Excelentísimo Presidente de la República de Bolivia general Hilarión Daza Groselle, con muchos detalles de sus acciones en dicho departamento. Eduardo cuenta a Daniel que el Presidente encontró que en nuestra costa las cosas se encuentran muy mal, pues ocurrieron muchos desastres naturales como terremotos, entradas del mar y otros, que han devastado mayormente los puertos de Cobija, Mejillones y aún Antofagasta; que hacen falta recursos económicos, de los que el país carece, para reconstruir siquiera sea en parte esos puertos. También le dice que en Antofagasta, especialmente, la mayoría de la población es de chilenos que se niegan a pagar sus impuestos con los que se haría frente a dichos desastres; además, le cuenta que entre estos chilenos hay unos que son muy poderosos, que son accionistas de la denominada “Compañía de Salitre y Ferrocarril de Antofagasta”, que adeuda una gran cantidad por impuestos devengados al Gobierno boliviano, con el que firmó un contrato de explotación de salitre el año 1873, que aún no estaba vigente, pues según la Constitución boliviana los contratos sobre recursos naturales deben aprobarse por el Congreso. Le cuenta también que el periódico ha publicado una hoja entera explicando que la Asamblea Nacional Constituyente boliviana, mediante Ley de 14 de febrero de 1878, aprobó dicho contrato a condición de que esa Compañía pague un gravamen específico de diez centavos por quintal de salitre exportado por la misma, a lo que el Gobierno de la vecina República de Chile, reclamó arguyendo que dicha disposición violaba lo pactado en el Artículo 4to. del Tratado de Límites suscrito entre ambas naciones en 1874, que señala que Bolivia no puede aumentar los impuestos por salitre exportado durante 25 años.

Así relata Eduardo a su amigo Daniel, los graves problemas que preocupan en la Sede de Gobierno, mientras él se abstrae en sus delirios amorosos; sin embargo, saliendo de su ensimismamiento, Daniel responde:

–Eso es muy grave Eduardo. Cómo no han de pagar esa miseria por explotar gratuitamente nuestro salitre si actualmente la exportación es gratuita; no se trata de ninguna manera de un aumento ni de un nuevo impuesto, sino del establecimiento del impuesto que debió regir desde 1873. Eso lo entiende cualquiera sin necesidad de ser abogado.

–¡Sí, hermano, exactamente! –le contesta agitado Eduardo – o sea, antes del dichoso Tratado de 1874 suscrito con Chile, pero estos rotos son muy ladinos y tratarán de hacer parecer que fue Bolivia la que incumplió ese Tratado, pues hace mucho tiempo que ambicionan apoderarse de nuestro rico Litoral. Fuera del valioso salitre en nuestro Litoral abundan también el guano y la plata de Caracoles, a cuyos yacimientos han acudido como moscas a la miel los chilenos pobres de todo ese país.

–Entonces, Eduardo, guano, plata y salitre es lo que ambicionan apoderarse los chilenos.

–Sí, Daniel. Ya se sabe que Chile solo busca un pretexto cualquiera para tomar posesión, por la fuerza, de toda nuestra costa.

–Y este Gobierno de brutos no ha hecho nada para salvaguardar la heredad de Bolivia. ¡Solo se ocupan de las luchas internas de poder!

–Así es Daniel; como ves, la situación por la que atravesamos es gravísima y Bolivia no cuenta siquiera con un solo buque de guerra que pueda hacer respetar nuestro mar.

–Claro, Eduardo; si desde hace décadas, desde los tiempos después de la Confederación con el Perú no se ha adquirido ningún buque para la Armada Boliviana. ¿Te acuerdas del Guardacostas “General Sucre” o el buque “María Luisa”? Nos hablaron de ellos en la escuela como parte de la Escuadra boliviana en el Pacífico.

–¡Cómo no acordarme!, si ambos soñábamos de niños con conocer el mar y hacernos nosotros mismos valientes marinos en esos

buques de guerra bolivianos, mientras que ahora, gracias a estos malditos caudillos que solo saben servirse de la Patria, ¡Bolivia no tiene un solo barco de guerra! y Chile cuenta con la mejor escuadra de guerra de toda América. Dicen que ni siquiera Brasil podría hacer frente con éxito a la Armada chilena.

—La situación económica y militar del país no puede ser peor, Eduardo. Además, está también la peste bubónica asolando a las poblaciones del país. Dios quiera que no se produzca lo peor.

—Ojalá Daniel, ojalá...

Así, los dos amigos se entretienen hablando de los graves acontecimientos de los que informa “El Comercio” mientras caminan hacia el barrio de San Sebastián, donde viven ambos, olvidándose Daniel, por el momento, de las impresiones del día al conocer a la “niña” en casa de la acaudalada familia Ballivián.

—Daniel, ¿cuándo aceptarás que te recomiende a mi jefe, en el periódico, para que considere la posibilidad de publicar alguno de tus escritos?

—Sí, es que en el taller siempre hay algo que hacer y no quisiera comprometerme para después fallar al periódico o peor aún fallarte a ti, querido hermano.

—Siempre has tenido facilidad para escribir, para expresar tus ideas y pensamientos en palabras; es una habilidad innata en ti. Muchos quisiéramos tener tu don de escribir; no deberías desaprovechar la oportunidad de publicar tus escritos en “El Comercio”. Allí podrías exponer las ideas de las que siempre me hablas, de nuestras preocupaciones sobre lo que ocurre en nuestro Litoral, y tantas otras cosas.

—Te prometo pensarlo bien y darte una respuesta en unos días sobre eso, ¿de acuerdo?

—Está bien hermano, pero no te olvides.

–No, claro que no, Eduardo.

En el momento de llegar a la calle donde se encuentran las viviendas de ambos, Daniel se acuerda de “la niña” y antes de despedirse interroga a Eduardo:

–Oye, pero no me has dicho cómo se llama la hija de los Ballivián.

–Su nombre es Mercedes – responde Eduardo.

–¡Ohh!, pero qué hermoso nombre ¡Mercedes! –dice para sí mismo Daniel como saboreando el pronunciar por primera vez ese nombre.

–No te desveles pensando en necedades –le dice Eduardo y se despide con un abrazo y un apretón de manos con la familiaridad que les ha dado toda una vida de sincera amistad.

Salitre Sangriento del escritor Windsor Julio Paco Gonzáles se inscribe en la serie de novelas históricas, que en la última década se han venido publicando con mucho éxito en nuestro país, en esa línea podemos nombrar a Ramón Rocha Monroy que escribió sobre Antonio José de Sucre y a Adolfo Cáceres Romero que ha escrito sobre varios acontecimientos bélicos. La obra de Paco Gonzáles nos hace repensar y revisar la historia oficial reinterpretando los hechos desde una mirada más humana, menos épica y mitológica, así los protagonistas son seres que aman, gozan y sufren, bajo el telón de fondo que es el amor por la patria y el sacrificio en la Guerra del Pacífico. Escrita de una manera sencilla, sin otorgarle lugar a la especulación verbal y a la ambigüedad histórica, el autor de esta obra se convierte en un buen narrador que se apoya en la historia, sus hechos, sus personajes y sus circunstancias. Una agradable lectura en esta época en la que estamos cuestionando muchos paradigmas históricos.

Homero Carvalho Oliva

